



Problemas, estrategias y discursos sobre las Políticas Socioeducativas

Seminario Interno DNPS

Mayo-Noviembre 2012

PRESIDENTA DE LA NACIÓN

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

MINISTRO DE EDUCACIÓN DE LA NACIÓN

Prof. Alberto E. Sileoni

SECRETARIO DE EDUCACIÓN

Lic. Jaime Perczyk

JEFE DE GABINETE

A.S. Pablo Urquiza

SUBSECRETARIO DE EQUIDAD Y CALIDAD EDUCATIVA

Lic. Gabriel Brener

DIRECTOR NACIONAL DE POLÍTICAS SOCIOEDUCATIVAS

Lic. Alejandro Garay

COORDINADOR DE PROGRAMAS INTERSECTORIALES

Prof. Claudio Cincotta

COORDINADORA DE PROGRAMAS PARA LA INCLUSIÓN Y RETENCIÓN

Lic. Adriana Fontana

Esta publicación ha sido producida en el marco del Seminario Interno de la DNPS: Problemas, estrategias y discursos sobre las Políticas Socioeducativas, coordinado por Lic. Adriana Fontana.

Equipo de producción de este volumen: Lic. Mariana Moragues- Lic. Ayelen Attías- Lic. Noelia Ivaskovic- Lic. Jaime Bermudez Vasquez - Lic. Adriana Fontana.

ÍNDICE

- Introducción.....pág 4
- THISTED, Sofía.
Pasado y presente de las políticas socioeducativas.....pág. 9
- PINEAU, Pablo.
Formatos Escolares: tradiciones y variaciones.....pág. 32
- BEJAR, Dolores.
La crisis de nuestro tiempo.....pág. 47
- FORSTER, Ricardo
Memoria, herencia y transmisión: el gran desafío de la pedagogía.....pág. 60
- SEOANE, Viviana.
Nuevas Juventudes: prácticas, culturas y ciudadanías.....pág. 73
- TRIMBOLI, Javier.
De la escuela y el festín de la vida, que dice Sarmiento, él sólo pudo gozar a hurtadillas.....pág. 84
- Bibliografía recomendada por los expositores.....pág. 98

De la escuela y el festín de la vida que, dice Sarmiento, él sólo pudo gozar a hurtadillas.

Javier Trímboli¹

El título que propongo para esta charla probablemente sea pretencioso, algo excéntrico también. Me disculpo. Lo que me interesa pensar con ustedes, y lo haré a través de una trama de textos, es qué es eso del “festín de la vida” del que habla Sarmiento y qué tiene que ver con la escuela. La propuesta tiene algo arriesgado, en tanto que si la escuela se traza objetivos más concretos y puntuales, todo nos daría la ilusión de ser más manejable. No obstante, en esta página de Sarmiento vibra algo más.

Antes del “festín de la vida”, el gaucho. Escribe Sarmiento, en *Facundo*:

(...) la vida del campo, pues, ha desenvuelto en el gaucho las facultades físicas, sin ninguna de las de la inteligencia. Su carácter moral se resiente de su hábito de triunfar de los obstáculos y del poder de la naturaleza; es fuerte, altivo, enérgico. Sin ninguna instrucción, sin necesitarla tampoco, sin medios de subsistencia como sin necesidades, es feliz en medio de su pobreza y de sus privaciones que no son tales para el que nunca conoció mayores goces ni extendió más altos sus deseos” Un poco más: “Las atenciones que el ganado exige se reducen a correrías y partidas de placer; la hierra, que es como la vendimia de los agricultores, es una fiesta cuya llegada se recibe con transportes de júbilo; allí es el punto de reunión de todos los hombres de veinte leguas a la redonda; allí la ostentación de la increíble destreza en el lazo. El gaucho llega a la hierba al paso lento y mesurado de su mejor parejero (...) para gozar mejor del espectáculo cruza la pierna sobre el cuello del caballo. Si el entusiasmo lo anima, desciende lentamente del caballo y lo arroja sobre un

¹ Javier Trímboli es profesor de Historia y escritor. Dictó clases en la escuela media, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA y en la Escuela de Capacitación Docente de la Ciudad de Buenos Aires, CePA. Por otro lado, coordinó el equipo "A treinta años del golpe" del Ministerio de Educación de la Nación durante el año 2006. Desde 2008 se desempeña como asesor historiográfico del Canal 7. Como tal, es responsable de los contenidos históricos de la serie Huellas de un siglo, de la película Belgrano y de Guerra Guasú.

toro que pasa, con la velocidad del rayo, a cuarenta pasos de distancia: lo ha cogido de una uña, que era lo que se proponía, y vuelve tranquilo a enrollar su cuerda.²

En primer lugar, me interesa subrayar el atrevimiento de Sarmiento de asignarle a un sujeto social, al “gaucho”, un estado de ánimo tan exigente, que involucra al espíritu y al cuerpo, como es el de la felicidad. La asignación es riesgosa, para la cultura y para la política, en tanto que, si ya ha sido alcanzado, las deja sin tarea. Ahora bien, muestra Sarmiento con una imagen, si se quiere literaria, que el gaucho es sencillamente feliz pero, sin dar vuelta de página, agrega que esa felicidad no es verdadera. Que sólo puede ser entendida por tal por aquel “que nunca conoció mayores goces ni extendió más altos sus deseos”. Lo radical y extraño del primer movimiento se mide por la rapidez y la contundencia con que es cerrado, para no quedarse sin argumentos ni justificación para su propio accionar. Porque al gaucho y, por decirlo así, a su prole, es a quienes Sarmiento va a querer combatir y transformar, si fuera posible, para volcarlos en una forma de vida absolutamente distinta. En el diagnóstico interesado de *Facundo*, el gaucho no tiene memoria. De ahí proviene su felicidad y también el problema de Sarmiento. En uno de los últimos capítulos del libro, cuenta incluso con gracia que si a un gaucho que anda por la pampa se le ofrece una gran fortuna que le otorgara seguridad a su vida futura, el asunto le puede interesar hasta que ve pasar a un avestruz: se olvida de la promesa y se lanza a cazarla. Porque nada puede más que sus instintos, su felicidad está hecha de la satisfacción sin espera de sus deseos. Por lo tanto no es la verdadera felicidad. Por supuesto, para Sarmiento el gaucho está más cerca del animal que del humano, por lo que tratará de transformarlo a imagen y semejanza de ese sujeto racional que viene siendo definido por la modernidad. Que conozca la herida, la ruptura de ese mundo primero, la melancolía por el sentimiento oceánico perdido, la intemperie. La civilización es también el proceso que busca dejar atrás esa falsa forma de vida, esa falsa felicidad.

La educación propiciada por Sarmiento, incluso más la educación como la entendieron y practicaron quienes se apoderaron de su nombre, se hizo fuerte en la postulación de una vida verdadera –brumosa las más de las veces, inhallable– que, para ser alcanzada, precisaba sí o sí deprimir la naturaleza altiva y gozosa, amenazadora también, de los cuerpos no disciplinados. Alberdi políticamente nos puede resultar más simpático que Sarmiento, no obstante hacia 1852 dejaba escrito en *Bases*: “haced pasar al gaucho, al roto o al cholo, unidad elemental de nuestras masas populares, por el mejor sistema de instrucción y en cien años no haréis de él un obrero

² Sarmiento, Domingo Faustino *Facundo*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1993, pp. 68-69

inglés que trabaja, consume, vive digna y confortablemente”³. La fórmula de Alberdi es lapidaria, más que la de Sarmiento si fuera posible cotejarlas. Poco después va a estar en contra de la guerra de Paraguay y entenderá la legitimidad de los caudillos muchísimo mejor que Sarmiento; sin embargo, está diciendo que no hay sistema de instrucción que sirva para inculcar hábitos civilizados a estas masas precapitalistas. Que no hay forma de transformarlos, que no hay nada más que hacer con ellos. Es el argumento del plan inmigratorio: la civilización no crece de raíz sino a través de injertos, hay que trasplantar entonces porciones de civilización. Aquí encontramos, en la escritura y también en el pensamiento, otra diferencia con Sarmiento que, aunque la desmienta, le hace lugar a la felicidad del gaucho que va a la hierra. Para Alberdi, que es mucho más pragmático y sistemático, no hay tal “festín de la vida”, sino que se trata de “trabajar, consumir, vivir digna y confortablemente”. Me imagino que la palabra *confort* hacia 1852 era flamante, más aún en la pluma de un escritor hispanoamericano, una forma de vida radicalmente otra respecto de la que se conocía en el precapitalismo. Una salvedad: ese obrero inglés, tal como lo imagina Alberdi, no existía ni en Inglaterra. Por lo tanto, a esos inmigrantes que llegaron también se les pretendió inculcar este verdadero ideal de civilización del que estaban desprovistos. La máquina escolar que se monta desde la década de los 80 en la Argentina fue la clave para pensar esta transformación, para que el sujeto popular hiciera abandono definitivo de una felicidad falsa y engañosa y se hiciera cargo de otra. Hay una idea que Nietzsche toma de Stendhal: la belleza es una promesa de felicidad, nada más y nada menos. En esta escuela, aun con la brutal ruptura que producía entre los sujetos que la habitaban y su existencia, sobrevolaba la promesa de una verdadera felicidad. Era lo que la alimentaba.

Vayamos ahora a la cita efectiva de Sarmiento en la que hace mención al “festín de la vida”. Se trata de una página autobiográfica, recogida póstumamente:

Nacido en la pobreza, criado en la lucha por la existencia, más que mía de mi patria, endurecido a todas las fatigas, acometiendo todo lo que creí bueno, y coronada la perseverancia con el éxito he recorrido todo lo que hay de civilización en la tierra y toda la escala de los honores humanos, en la modesta proporción de mi país y de mi tiempo; he sido favorecido con la estimación de muchos de los grandes hombres de la tierra, he escrito

³ Alberdi, Juan Bautista, *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1981, p. 82.

algo bueno entre mucho indiferente; sin fortuna que nunca codicié porque era bagaje pesado para la incesante pugna, espero una buena muerte corporal, pues lo que me vendrá en política es lo que yo esperé y no desee mejor que dejar por herencia millones en mejores condiciones intelectuales, tranquilizado nuestro país, aseguradas las instituciones y surcado de vías férreas el territorio, como cubierto de vapores los ríos, para que todos participen del festín de la vida, de que yo gocé sólo a hurtadillas.

A lo largo del siglo XX, el normalismo y, más aun, la noción de civilización y barbarie, fue puesta en duda por el devenir político y social y se convirtió en blanco de críticas contundentes. Una de las más importantes fue la del revisionismo, en tanto empresa historiográfica y ensayística, siempre política. Me interesa compartir con ustedes la crítica de Arturo Jauretche que escribe en 1957 un libro que se llama *Los profetas del odio*. Son páginas hechas al calor de la Revolución libertadora, de los bombardeos de la Plaza de Mayo. Es un libro en el que denuncia a los incitadores intelectuales de ese odio que se estaba viviendo. Los nombres de Martínez Estrada y Borges se destacan, de manera algo desmedida, pero se trata de cuestionar a la cultura liberal, que se pulió y perfeccionó para conseguir no hablar de esos bombardeos, de la violencia que estaba ejerciendo sobre los sectores populares. 1957: el mismo año en que se publica la investigación periodística de Rodolfo Walsh, *Operación masacre*. Capítulo “La colonización pedagógica”:

“El pueblo que nació, Lincoln, en el oeste de Buenos Aires, era treinta años antes territorio ranquelino, pero la escuela a la que concurrí ignoraba oficialmente a los ranqueles. Debo a Búfalo Bill y a las primeras películas de *cow-boys* mi primera noticia de los indios americanos. ¡Esos eran indios!, y no esos ranqueles indignos de la enseñanza normalista. Salíamos de la escuela y a la sombra de los viejos paraísos plantados por los primeros pobladores, un anciano de barba, tío abuelo mío, a quien llamábamos el cautivo por haberlo sido en su niñez durante 11 años, nos refería historias de *tolderías* y *malones* que escuchábamos absortos. La escuela nos enseñó una botánica y una zoología técnica con *criptógamas* y *fanerógamas*, *vertebrados* e *invertebrados* pero nada nos dijo de la botánica y la zoología que teníamos adelante. Sabíamos del *ornitorrinco*, por la escuela, y del *baobab* por *Salgari*, pero nada de *baguales* ni de *vacunos guampudos* e ignorábamos el *chañar*, que fue la primera designación del pueblo hasta que le pusieron el nombre suficiente culto de Lincoln. Es sabido que nada ayuda tanto al

progreso como un nombre gringo, según lo estableció Sarmiento al rebautizar Bell Ville a Fraile Muerto”⁴.

Lo que señala Jauretche es un divorcio extremo entre la escuela y la vida, entre la escuela y el mundo. De un lado, esas historias de ranqueles que le acercaba su tío cautivo y, del otro lado, los indios norteamericanos; o el chañar y el ornitorrinco. La ruptura entre un mundo existente, el mundo que se pisaba y nos condicionaba, y otro mundo, el del conocimiento y la cultura, que funcionaba sólo en la escuela. Dice en un momento: “sabíamos todo sobre el Tigris y el Eúfrates, nada sobre el Salado que estaba ahí nomás”. Esa ruptura para Jauretche es responsable de una suerte de formación de dos personalidades, una al pelo y otra al contrapelo. Dos personalidades que ponían en riesgo el carácter pero que, al mismo tiempo, obligaban a desarrollar la crítica y el cuestionamiento. Me detengo un poco más en el anciano de barba, que era el tío de Jauretche, porque en *Pantalones cortos*, su libro de memorias de 1972, vuelve sobre él y dice algo muy interesante: “siempre supuse que ese tío mió era viejo, pero no, tenía cuando empecé a escuchar sus historias, no más de 50 años. Sucede que el pasado que él representaba había quedado tan atrás que lo veíamos todos como viejo.” Su tío cautivo de los ranqueles, con esa historia encima, era un fragmento de mundo cierto, de mundo argentino y americano al que la buena sociedad de Lincoln y la escuela preferían darle la espalda, no verlo, no hablar de él. Por eso envejeció tan rápido, descartado. Sus relatos parecían relatos ficticios, improbables. Cito: “Debo agregar ahora que los mayores eran reticentes, como si no se quisieran que nosotros, las criaturas, supiéramos de ese ayer próximo. Después fui comprendiendo que para ellos ese pasado bárbaro ‘no vestía’, y que había un pacto tácito, del hogar ‘culto’ a la escuela, para ignorarlo o disimularlo como un pecado. Así se entendía la ‘cultura’ cuando estaba vigente en su totalidad lo de Civilización y Barbarie”⁵.

Bien interesante esta idea de que hay un pasado que no viste y que, por lo tanto, indecoroso, no puede ser tratado en la escuela y en las casas de buenos hábitos. Un pasado pero también un mundo que no viste y no tiene lugar en la escuela. En 1974 muere Jauretche, de modo que no llega a ver el momento en que la ruptura entre el mundo y la cultura, entre el mundo y las palabras, se hace notable, una suerte de divorcio ya difícil de solucionar. Me refiero a la dictadura.

⁴ Jauretche, Arturo: *Los profetas del odio y la yapa*- 1era edición. 4ta reimpresión- Buenos Aires: Corregidor 2011; pág 113.

⁵ Jauretche Arturo: *De memoria. Pantalones cortos*, A. Peña Lillo Editor, 2ª edición, Buenos Aires, 1973; pag. 55-56.

A partir de lo que nos propone Jauretche, se puede pensar a la figura del desaparecido como una de esas maneras, pulidas y de enorme crueldad, de negar el mundo. No se lo nombra fusilado, se prefiere invisibilizarlo. Desde la lógica que nos propone Jauretche, es un pasado que no viste, por lo tanto no existe, desaparece.

Estanislao Antelo, en una de sus intervenciones tan incisivas, me hacía recordar mi historia familiar en relación con la escuela. Y no tengo abuelo ni abuela que haya pasado de tercer grado. Eso me hizo pensar cuánto de esa escuela expulsó a chicos que eran fragmentos de ese mundo, expulsados porque esa escuela no toleraba lo que ellos representaban, más aún, eran. No conozco mucho más de este pasado familiar, pero sospecho que no los soportaban por un motivo o por otro, porque tenían que trabajar, porque hablaban distinto, porque venían de familias “así o asá”. Lo cierto es que esa escuela, la dominante en el siglo XX, tenía límites tan estrechos que hacían imposible que fuera hospitalaria con chicos que cargaban sobre ellos mismos un mundo que no vestía.

Diría que me acerco ahora a un problema más actual, pero no es así, no creo que hayamos estado hablando sólo del pasado. Hay un libro de 2004, *Sociología del delito amateur* de Gabriel Kessler⁶ que, aunque no tiene como tema principal la escuela, a mi entender realiza uno de los diagnósticos más certeros. Nace de una investigación, hecha entre 1999 y 2000, sobre pibes que cometieron algún tipo de delito. Hay un capítulo dedicado a las trayectorias escolares de estos pibes, que tiene la particularidad de nombrar con crudeza cosas que, muchas veces, los pedagogos y quienes trabajamos en la cultura, preferimos tratar con eufemismos o vaguedades. A partir de cantidad de entrevistas, Kessler señala que la escuela con esos chicos ya no fue particularmente expulsiva. El recuerdo muy fresco de estos chicos de su paso por la escuela, particularmente de la media, no es el de una escuela expulsiva. Lo que sobresale es, así la llama Kessler, una escuela de baja intensidad en lo que propone, la “baja intensidad de la experiencia educativa”. Una escuela que no produjo marcas. No los echó, no les cerró las puertas, a veces hizo un par de trucos, incluso para hacerlos egresar con toda la certificación pero más rápido, porque molestaban. Hizo trucos para sacárselos un poquito de encima, pero la clave o lo característico es que en esa escuela no pasaba nada.

El diagnóstico de Kessler tiene mucho de agotamiento, incluso de enorme fatiga. Ya no registra nada parecido a esa felicidad que Sarmiento entendía instintiva, bárbara. Una escuela que ya se libró de esos sujetos con cuerpos desenvueltos, enérgicos y desafiantes. Se libra de ello pero se

⁶ Kessler Gabriel, *Sociología del delito amateur*, Paidós, 2004.

queda sin ninguna promesa de felicidad futura. Tampoco hay festín de la vida. Este libro puede ser leído en tándem con el más conocido de Cristian Alarcón, *Cuando me muera quiero que me toquen cumbia*⁷, sobre uno de esos muchachos llamados pibes chorros, Víctor Manuel Frente Vital, a quien en un enfrentamiento lo asesina la policía en 1999. En el libro se cuenta entre otras cosas cómo la madre, una mujer que proviene de la cultura obrera y también de las disciplinas, quiere a toda costa que su hijo vaya a la escuela y estudie; hace un gran esfuerzo para que esto sea posible. Con la idea de que así llegará a ser alguien. El hijo le miente, le dice que sigue yendo, porque no quiere herirla. Pero Víctor Manuel no va a la escuela simplemente porque no pasa nada, porque no hay en ella un latir de la vida que pueda competir con el de la calle.

Debería pensarse con algún detenimiento qué es esto del agotamiento definitivo del par civilización y barbarie, en relación con cómo se enlazó con la escuela, proveyéndola de una promesa de felicidad que hace tiempo ya no funciona más. Obedece esto a una crisis cultural, si se quiere, de una de las piedras fundamentales de la modernidad, también de los *a priori* de la Argentina moderna, pero también a la lógica del capitalismo. Porque desde mediados de los años setenta la crisis y reformulación del capitalismo llevó a la expulsión de una enorme masa de población que ya no era requerida para el buen funcionamiento del sistema productivo y económico. En el postfordismo hay vidas que son residuales; por lo tanto, que pasen por las instituciones es cosa menor, innecesaria.

En 2003 se publica *Elogio de la transmisión* de George Steiner, un libro que interesó bastante en algunos espacios académicos también vinculados con el Ministerio y, a su vez, atentos a la nueva situación política. De algún modo, venía a decir que la reposición de la transmisión era una de las claves para interrumpir “la baja intensidad de la experiencia educativa”, para evitar que se la abandonara. El libro registra una conversación entre el filósofo George Steiner y una profesora de lo que sería una escuela secundaria de los suburbios de París, una zona de trabajadores precarizados e inmigrantes, Cecile Ladjali. En una situación muy similar a la de la película *Entre muros*. En ese contexto, Ladjali se propone dar clases de literatura francesa decadentista de finales de siglo XIX y lo logra, despertando incluso el entusiasmo de los muchachos y las muchachas. Corona esa transmisión con un proyecto de escritura de poesía por parte de sus alumnos, remedando el tono particular de esa tendencia. Esto llama la atención de Steiner y nace el diálogo entre ellos. Me interesa recoger algunos de sus pasajes. Se refiere Steiner a su trabajo: “De forma

⁷ Alarcon Cristian, *Cuando me muera quiero que me toquen cumbia*, Grupo Editorial Norma, 2003.

admirable usted ha sabido inspirarle el amor por una lengua, si no es la que hablan en su vida diaria, en sus hogares”. Lo dice sin mayor precisión, pero si recogemos la información que queda esparcida no queda duda de que la gran mayoría de los alumnos son oriundos del norte de África. Responde Cécile Ladjali:

Tengo que confesarle que tuve (el fruto) un enorme trabajo. Cuando le dije a mis alumnos que íbamos a escribir un cuaderno de poemas, se suscitó una verdadera insurrección. Según ellos no había ni que hablar de leer más y aún menos de escribir y mucho menos de poesías, porque de todos los géneros literarios, era el que quizás menos atractivo les resultaba. Pero teníamos que hacerlo, precisamente porque era algo difícil, imposible. Creo que el trabajo de un profesor consiste en ir en contra, en enfrentar al alumno con la necesidad, con aquellos que no estén para que llegue a comprender mejor a si mismos. Trabajamos pues con la contra hicimos una apuesta por la dificultad todo lo que roza la excelencia resulta muy difícil o por lo menos es lo que usted afirma sin cesar de modo que este sería nuestro método de trabajo⁸.

Entiendo que vale destacar esta idea, esta postura, que la escuela tiene que ir a la contra, trabajar con el obstáculo y la dificultad. Como la única manera de producir marca, permitir experiencia. Aunque tenga otro sentido, recordemos que Jauretche también usaba una figura parecida: ir a pelo y contrapelo. En otro sentido, o desviado al menos, porque la personalidad a contrapelo de Jauretche era la que iba en contra de la cultura dominante, y hallaba así la posibilidad de reconocer un mundo que estaba por fuera de la escuela.

Deja ver algo más Ladjali sobre las poesías: “Los primeros resultados fueron catastróficos, llenos de tópicos vulgares, de banalidades desoladoras, porque la forma de escribir de los adolescentes, cuando se desahogan un poco, era bastante decepcionante. Para mí la dificultad era decirles eso mismo, pero sin herirlos”. Resultaría interesantísimo encontrar ese cuaderno de primeras poesías de estos chicos, leerlas con ojos que no son los de Ladjali. Finalmente, trabajado una y otra vez, curado podríamos decir, al cuaderno lo editan y llega a manos de Steiner, quien le hace un prólogo. En otro pasaje, Ladjali le pregunta a Steiner “¿que es para usted un profesor?”. Steiner contesta: “Es una especie de mártir, sin duda alguna, puesto que hay dificultades, malos ratos, depresiones (...) Si un estudiante percibe que uno está un poco loco, poseído de alguna manera

⁸ Ladjali, Cécile y Steiner, George: *Elogio de la transmisión*, Madrid: Editorial Siruela: 2005; pág 72.

por aquello que enseña, es un primer paso. Quizás no esté de acuerdo; quizá se burle; pero escuchará: se trata del milagroso instante en que comienza a establecerse el diálogo con una pasión. Nunca hay que buscar una justificación”⁹

Intento evaluar el efecto que tuvo esto en quienes lo leímos pocos años atrás, aunque parecen muchos, y cuando veíamos cada vez más lejana la posibilidad de que la escuela se articulara con algún festín. Seguro nos interesó que Steiner señalara que la pasión, incluso la locura que el alumno puede detectar en un docente, es decir, el exceso y la generosidad a la hora de transmitir eso que tanto ama del mundo, es lo que puede producir un vínculo cierto, efectivo. Lo que transforma, cruza el umbral y se aproxima al festín. Interesa de este libro de Steiner y Ladjali el acento puesto en la transmisión y la posibilidad de volver a encantar el aula a través de ella. Estamos hablando de la cultura. Ahora bien, lo que choca de estas páginas, al punto de volverlas en algunos momentos insoportables, es que hay una valoración muy propia de la lógica civilización y barbarie de lo que es la verdadera cultura. Es la poesía decadentista francesa y no las lenguas populares inmigrantes. Nos complica que mucho de esta crítica se parece a la del diario *La Nación*, cuando se ensaña contra la escuela. No obstante, lo que también interesa es la incitación a ir a contrapelo, porque uno intuye que bien entendido eso sólo quiere decir ir en contra de la cultura dominante. Merece un desmontaje y una respuesta política este libro. Si la escuela normalista tuvo un momento de vitalidad fue porque prometió una felicidad, una promesa política que se articulaba alrededor del progreso.

Muy necesaria es la forma que tiene de abordar la política Jacques Ranciere, un escritor que circuló mucho en el mundo de la educación por el libro *El maestro ignorante*. En *El desacuerdo* hace una diferencia entre política y policía, por fuera una y otra palabra de sus usos corrientes. Porque ambas tienen como raíz la *polis*, la ciudad como escenario público. Dice que la policía es la administración y la gestión de los lugares sociales, absolutamente necesaria, imprescindible. Pero política hay solamente cuando la administración de los lugares sociales sufre un desacople, un movimiento que la afecta. Cuando aquello que no contaba, pasa a contar. Pone el ejemplo de la República romana, cuando los plebeyos se retiran de la ciudad que se resiste a reconocerles derechos como iguales. Lo que logran es hacerse visibles. Para los patricios de la ciudad no tenían nombre, al tomar esta medida pasan a existir. No se puede no contar con ellos. Y la palabra contar tiene una doble acepción, significa aquello que está fuera de la cuenta, del balance general de la contabilidad. Y, por otro lado, aquello que narra, que toma la palabra.

⁹ Ladjali, Cécile y Steiner, George: *Elogio de la transmisión*, Madrid: Editorial Siruela: 2005; pág 115.

Dice Ranciere: “la actividad política es la que desplaza a un cuerpo del lugar que le estaba asignado o cambia el destino de un lugar; hace ver lo que no tenía razón para ser visto, hace escuchar un discurso allí donde solo el ruido tenía lugar, hace escuchar como discurso lo que no era escuchado más que como ruido.”¹⁰ En el texto de Ladjali y Steiner lo que se ausenta es la política, en tanto que eso que hablan los chicos, antes de aceptar las formas consagradas de la poesía decadentista, es puro ruido. Hay política, dice Ranciere, cuando eso que era oído como ruido pasa a tener estatuto de palabra, por lo tanto obliga a ser escuchado de otro modo. En mi opinión, lo que no ha dejado de pasar desde el 2001 a esta parte, es que zonas de lo social que estaban por fuera de la cuenta empezaron a contar. ¿Por qué? En parte por la lucha de distintos movimientos sociales, pero también por el riesgo que despuntó, sobre todo alrededor de 2001, a propósito de una comunidad que, sólo vertebrada por la lógica del mercado, amenazaba con dejar de ser tal, con fragmentarse en miles de esquirlas que podían entrar en conflicto o ser indiferentes entre sí. A partir de la crisis se producen un conjunto de políticas y de leyes –con sus límites seguro, es parte del problema y de la definición también–, que lo que hicieron fue incluir en la cuenta lo que estaba por fuera de ella. Fue tal el desajuste del 2001, que cualquier idea que pudiera sobrevivir de festín de la vida para algunos pasó a estar jaqueada por la desazón de los otros. A partir de ahí se produce una fricción, la fricción de la política, que sigue abierta. Chicos que no contaban en el aula, pasaron a contar. Prácticas familiares que no eran vistas como tales, a las que no se les daba legitimidad, pasaron a ser reconocidas. Como parte de esta situación, también el pasado volvió a contar. Quiero decir que esa otra esfera del mundo, a la que desde el comienzo de esta lógica de civilización y barbarie se le asignaba un lugar fijo, como parte de una filosofía de la historia y del progreso, volvió como un vendaval.

Este ejemplar del libro de Jauretche, escrito a mediados del siglo XX, es relativamente nuevo, corresponde a una edición del 2003 y, si lo revisan, verán que no está muy marcado. De *Facundo* tengo varias ediciones, éste es el más nuevo que tengo, de los noventa, y sí está muy subrayado. ¿A qué viene esto? Porque en la despolitización que nos tomó durante un periodo tan largo, producto del agotamiento de esta lógica civilizatoria, hubo zonas enteras del pasado, –así como también del presente–, que fueron erradicadas, a las que no había que prestar atención. Al libro de Jauretche le pasó esto. En los años que di clases en la cátedra de Pensamiento Argentino y

¹⁰ Ranciere, Jacques. *El desacuerdo. Política y filosofía*, Traducción Horacio Pons, Ediciones Nueva visión, Buenos Aires 1996. Pag. 45.

Latinoamericano en la UBA, apenas si alguna vez se leyó a Jauretche. Sarmiento tenía un lugar prominente, como es justo que tenga, pero Jauretche no entraba porque estaba vencido, como se decía, se había quedado en el 45. Lo que pasa ahora, y no dejo de celebrarlo, es que el pasado también volvió a contar.

Traigo una de las primeras fotografías tomadas en la Argentina, de 1862. El único que escribió sobre ella es Sarmiento, el único que se animó también se podría decir. Se trata de Ambrosio Sandes, un coronel oriental, uruguayo, que fue una de las puntas de lanza fundamentales del ejército que desde Buenos Aires se lanzó, después de Pavón, hacia Córdoba y luego La Rioja, para someter a los caudillos¹¹.

La fotografía que traigo es aberrante y, a la vez, extraordinaria. De absoluto inusual era en 1862 tomarse una fotografía en cuero, con el torso desnudo. Estos coroneles de Mitre, así se los llamó, fueron chacales que no ahorraron ningún método para acabar con las montoneras del Chacho, contra los gauchos de La Rioja, San Juan y San Luís. Se dice que este hombre no llevaba prisioneros, porque era un grave problema para seguir el rastro del Chacho. Por eso los despalma, les quita la planta del pie, centenares murieron así en el desierto. 53 heridas tenía en el cuerpo Sandes, y es de lo que hace gala en la foto, lo que la explica sin dudas. Sarmiento, que lo admira sin vergüenza, va a decir que es nuestro Cid, nuestro Orlando Furioso, un “almacén de cólera” que, como buen gaucho, “propende al exterminio de los gauchos”. Entonces, nos preguntamos, ¿por qué se ha olvidado en nuestra cultura esta fotografía? En su libro sobre el Chacho Peñaloza, que acompaña a la tercera edición de *Facundo*, Sarmiento le dedica varias páginas, porque lo entiende como su antagonista principal. Sandes no llegó a tiempo a matar al Chacho, muere poco antes, pero dice Sarmiento que son sus “manes” los que lo alcanzan y terminan con el caudillo riojano. A pesar de que Sarmiento escribe sobre Sandes, se lo entierra, se lo deja de lado. Tropezamos luego con Camps y con Astiz, quedamos también tomados por ellos, y teníamos en nuestro pasado una advertencia como ésta. Que Sandes, a través de esta fotografía y del texto de Sarmiento –también de los de Eduardo Gutiérrez–, se haya metido en nuestro presente, es también un efecto de todo eso que, a partir de 2001, volvió a contar.

Quizás alguien prefiera pensar que fueron buenas intenciones las que nos llevaron a olvidar esta astilla del pasado, porque en efecto constituía una zona repugnante del mundo, que lo afeaba. No

¹¹ Nota de un participante: Sandes, en una batalla que tiene contra las fuerzas del Chacho, toma más de cien prisioneros y los mata. Hace una zanja como para hacer carbón y los tira a todos adentro, y los prende fuego. Hoy ese lugar se llama la carbonera de Sandes. En La Rioja decimos que ese es el primer atentado a los derechos humanos que hubo en la historia argentina.

obstante, imágenes tan distintas, como ésta de Bolívar, también fueron eclipsadas. Un lado y otro de la moneda. El mundo es Sandes, pero también es Bolívar. Este retrato fue realizado por un mulato peruano llamado Gil de Castro. Es también quien hace el primer retrato, para muchos el más valioso, de San Martín, justo después de la batalla de Chacabuco. Una imagen de San Martín que se vio mucho en un momento pero que se fue desvaneciendo. Hoy la que se impone es ésta en la que aparece envuelto en la bandera argentina que, se supone, la pintó su hija. Recién hace unos años se empezaron a realizar investigaciones sobre Gil de Castro, investigadores de Perú, Chile y Argentina que están estudiando una obra que había permanecido desconocida y desvalorizada. ¿Por qué quedó postergado su retrato de San Martín? Gil de Castro pinta a O'Higgins, a Santa Cruz, a Sucre, a Bolívar. Es el pintor de los revolucionarios latinoamericanos. Si uno lee a San Martín a través de ese retrato y dentro de esta serie, nuestro héroe queda ligado estilística y conceptualmente a Bolívar. No es un San Martín argentino, es un San Martín de otra patria americana, sin contornos seguros, que está bregando por nacer. Recuperar estas imágenes precisas es hacer contar de nuevo a la historia, sin el sentido preconcebido del progreso o de la nación. Vale preguntarse cuánto del mundo podría volver a encantar a nuestros alumnos, si les mostramos esta imagen de Bolívar, también la de Sandes.

Bolívar tampoco tenía lugar en la Facultad de Filosofía y Letras, no estaba en el horizonte de lo que se quería pensar. Esto algo nos complicaba a quienes teníamos militancias previas, buscábamos discutirlo pero con fuerzas menguadas. En agosto de 1805, Simón Bolívar, junto con su maestro Simón Rodríguez –uno de los primeros y más importantes intelectuales latinoamericanos– hace un juramento que es conocido como del Monte Sacro. Tiene poco más de veinte años, está en Europa y, con un gesto que luego la literatura reinterpretará, sube a uno de los montes que rodean a la ciudad de Roma y la apostrofa:

Este pueblo ha dado para todo; severidad para los viejos tiempos; austeridad para la República; depravación para los Emperadores; catacumbas para los cristianos; valor para conquistar el mundo entero; ambición para convertir todos los Estados de la tierra en arrabales tributarios; mujeres para hacer pasar las ruedas sacrílegas de su carruaje sobre el tronco destrozado de sus padres; oradores para conmover, como Cicerón; poetas para seducir con su canto, como Virgilio; satíricos, como Juvenal y Lucrecio; filósofos débiles, como Séneca; y ciudadanos enteros, como Catón. Este pueblo ha dado para todo, menos para la causa de la humanidad: Mesalinas corrompidas, Agripinas sin entrañas, grandes

historiadores, naturalistas insignes, guerreros ilustres, procónsules rapaces, sibaritas desenfrenados, aquilatadas virtudes y crímenes groseros; pero para la emancipación del espíritu, para la extirpación de las preocupaciones, para el enaltecimiento del hombre y para la perfectibilidad definitiva de su razón, bien poco, por no decir nada. La civilización que ha soplado del Oriente, ha mostrado aquí todas sus fases, han hecho ver todos sus elementos; más en cuanto a resolver el gran problema del hombre en libertad, parece que el asunto ha sido desconocido y que el despejo de esa misteriosa incógnita no ha de verificarse sino en el Nuevo Mundo. ¡Juro delante de usted; juro por el Dios de mis padres; juro por ellos; juro por mi honor, y juro por mi Patria, que no daré descanso a mi brazo, ni reposo a mi alma, hasta que haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español!

Esto escribe y juramenta Bolívar. Sin embargo, en la lógica de los años de la posdictadura, que nublaba una zona del mundo, se solía sostener que la fascinación con América y sus promesas era un fenómeno tardío que, en su radicalidad, sólo había fructificado en los años sesenta, con las ansias revolucionarias. Sin embargo, tan atrás como en 1805, cuando supuestamente aún no había nacido la voluntad independentista, Bolívar proclamaba que “el destino de la perfectividad humana está ligado a América, no al viejo continente, que ya no puede dar mas nada”.

Señala Hannah Arendt en 1958¹² que uno de los grandes problemas de la cultura contemporánea se puede resumir en la tendencia al abandono del mundo. ¿Qué quiere decir el abandono del mundo para Hannah Arendt? El abandono de su realidad, de sus acontecimientos, en pos de narrar cómo debería ser el mundo, cómo imaginamos que tendría que ser. La tarea del maestro, dice Arendt, tiene que ser la de enseñar el mundo y no la de señalar cómo se debe de vivir en él. Enseñar el mundo, mostrarlo. En la gramática *civilización vs. barbarie*, la idea fue ocultar el mundo, también a favor de ideales. La tan famosa sentencia de Sarmiento, en esa traducción llena de incorrección: “a los hombres se los degüella, a las ideas no”, en la que parece apreciar más a las ideas que a los hombres y esto constituye una huella prolongada en la tradición política y cultural de la Argentina. Sin ir más lejos, no arriesgamos nada si decimos que buena parte del socialismo – ese que continuó a José Ingenieros– tuvo más amor por las ideas que por hombres y mujeres concretos, de carne y hueso, con sus olores y fealdades. Concluye Hannah Arendt que en la

12 Arendt, Hannah, “La crisis en la educación”, en *Entre el pasado y el futuro*, Ediciones Península, Barcelona, España, 2003.

educación se pone en cuestión cuánto amamos efectivamente al mundo y nos hacemos cargo de él, incluso cuando no gustemos por entero de él. Si es tal, ese amor se resuelve en la transmisión a los nuevos, para que puedan hacer otra cosa con él. Transmitirlo entero entonces, a Sandes y a Bolívar. Y el objetivo no es meramente de conocimiento, ya que se enlaza con el “festín de la vida”, con la posibilidad de alcanzarlo, de verlo a hurtadillas y un poco más. Sin dudas al “Frente” Vital le hubiera venido muy bien, para ligar de otra manera con el mundo, también con la política, conocer a Bolívar; así como también, para no morir como murió, conocer que nuestra cultura produjo a Sandes.

Arendt plantea también la alienación que implica abusar de la idea de proceso por encima de los acontecimientos, la forma del conocimiento que contribuye a esa ruptura con el mundo. El politólogo Natalio Botana escribe sobre Sarmiento y su fascinación con la república fuerte, como una suerte de compendio de lecturas e inclinaciones políticas que se nutre del acervo clásico. Pero no le dedica una línea a su fascinación con Sandes. El proceso –la industrialización soviética, dice Arendt, que legitima los miles de muertos del estalinismo– y también el concepto se imponen sobre el mundo y sus dramas. Incluso nuestros golpes de Estado fueron siempre nombrados con palabras moderadas, intachables. Videla y Massera hablaban de democracia y de la República mientras hacían lo que hacían. Así nos despegamos del mundo, de sus alegrías y padecimientos, y lejos de ser más libres nos sometemos a procesos, como si ante ellos, inexorables como las leyes de la naturaleza, no pudiéramos hacer nada. La formación del Estado nacional justifica tanto la guerra del Paraguay como las masacres de indígenas. Hablar del mundo es también readquirir la libertad que uno tiene frente a él, con la posibilidad de decir que no se está de acuerdo, que no es ése el camino a seguir.

Por último quería plantear que, si la tarea de la escuela está atada al fortalecimiento de un sujeto social que durante un largo periodo de nuestra historia quiso ser disminuido, de lo que se trata es de acentuar la generosidad en la distribución del mundo. La distribución del mundo –la posibilidad, ya que nos fijamos en ellos, de que Sandes y Bolívar, y las historias que los rodean, lleguen a quienes más los necesitan– es lo que fortalecerá a ese sujeto social y abrirá las chances de alcanzar el “festín de la vida”.

Escribe Walter Benjamin: “la clase que lucha, que está sometida, es el sujeto mismo del conocimiento histórico”¹³. Aquel que tiene chances de aproximarse a la verdad es el que lucha, es el oprimido, el que ansía una felicidad que socialmente se le niega. Cada vez que los muertos del pasado no son recordados en el presente vuelven a morir, pero quienes están urgidos por recordar son los que hoy luchan, los que hoy están sometidos, porque no tienen trabas para ligarse con ellos, aún con toda su rugosidad; no tienen nada que perder y sí todo para ganar. Algo de esto debería producir la escuela.

Para terminar, traigo una oración que, porque nunca me gustó del todo, no la encuentro para citar con precisión. Algo así como “nadie sabe todo lo que un cuerpo puede” escribió Spinoza. Es de mucho interés porque se pregunta por la potencia de un sujeto, teniendo como fondo su condición deprimida, la ausencia del festín. La respuesta, que en la misma oración se adivina, dice que un cuerpo puede y puede mucho. A mi entender es una exageración, casi una bravuconada. Pero uno podría preguntarse cuánto puede efectivamente una escuela. A veces creemos que puede bastante, a veces que puede poco, según fluctúe nuestro estado de ánimo. Lo que deberíamos pensar es, más allá de voluntarismos, qué es lo que puede y, al mismo tiempo, cómo alcanzar mayor potencia. En *El niño proletario*, notable cuento de Osvaldo Lamborghini¹⁴, la humillación del personaje principal, en una escuela y víctima de sus compañeros, es antecedida por la palabra de una maestra, ahí comienza su drama. El niño proletario, para decirlo rápido, se llama Stoppani, pero la maestra lo llama una y otra vez “Estropeado”, con signos de admiración. El cuento habla de lo que puede una escuela –como engranaje fundamental de una cultura– a través de una maestra, y es de una enorme crueldad. La palabra de una maestra lo rebautiza, lo marca, le instala un breve destino, ser estropeado, ser humillado. La escuela pudo algunas cosas que no corresponde más que criticar pero, con mucho esfuerzo, está pudiendo lograr otras que, con límites, acercan a los que han quedado postergados por la cultura a una posibilidad cierta de fortalecimiento y emancipación.

¿Qué es ser culto? se pregunta Arendt. Contra lo que creen quienes aman la alta cultura, ser cultos no es leer muchos libros. Ser culto es saber elegir y cultivar amistades, en el presente y en el pasado, con libros, entre los vivos y entre los muertos. Cuánto más contribuya la escuela a elegir esas amistades, y también enemistades debería agregar, mejor prepara para el festín de la vida. No es capricho haber empezado con Sarmiento y con Jauretche. Son parte plena de nuestro

¹³ Benjamin, Walter, “Tesis de filosofía de la Historia”, en *Discursos Interrumpidos I*, Taurus, Buenos Aires, 1989, p. 186

¹⁴ Lamborghini, Osvaldo, *Sebregondi retrocede*, Ediciones Noe 1973.

mundo, nos guste más uno u otro. Esto es una discusión hoy: si para construir una nueva hegemonía política cultural sólo deberíamos hablar de los “buenos” que participaron de la historia. Como bien señalaba la Presidenta en un acto en Catamarca, en el último aniversario de la muerte de Felipe Varela, sería un error reconocer a un Felipe Varela siempre de acuerdo con nuestras posiciones, idéntico a nosotros. A su vez, dejar de lado a Sarmiento, porque no coincidimos con sus posiciones ideológicas y políticas, además de la injusticia de borrar algunas políticas que llevó adelante y que vale mirarlo con otros ojos, ni qué hablar de su escritura, produciría el equívoco de suponer que ya no es más parte de nuestro mundo, por el mero hecho de que lo neguemos.